



EL DON DEL DISCERNIMIENTO

En un instructivo diálogo de Dios con Salomón al principio de su reinado, este le pide el don de la sabiduría para juzgar, el don del discernimiento. En principio parece una petición adecuada, un don que va a llegar a él sin afectarle en su vida personal, pues se trataría de reinar sobre los demás con sabiduría. Pero Salomón, como tantos otros que lo han pedido, apenas es (somos) consciente de lo que supone.

El don del discernimiento sobre la realidad comienza siempre con el conocimiento de uno mismo. Aquí está el principio de la sabiduría que da el Señor. Él nos acompaña para que descubramos quién somos. Pero cuando iniciamos este camino, lo primero que descubrimos no es quién somos, sino cómo somos. A medida que vamos adentrándonos en nosotros mismos de la mano de Cristo nos damos cuenta de que además de lo que creemos ser y además de lo que queremos ser, existe un caos de pensamiento y emociones, de pulsiones y deseos descontrolados, que apenas alcanzamos a dominar. Un mundo que pretendemos mantener escondido no solo a Dios y a los demás, sino incluso a nosotros mismos. Entonces nosotros, que queríamos ahondar en nuestra vida para alcanzar a Cristo, con él parece que solo hemos llegado a un lugar inhóspito donde no siempre es fácil vivir, incluso donde es fácil desesperar. Somos como aquellos que escavan la tierra buscando un mineral y cada día vuelven de la mina sin encontrarlo más sucios y cansados, con más ganas de tirar la toalla.

Y nos viene la tentación de volver a una religión de normas y no de discernimiento. Y le decimos a Dios que nos diga lo que tenemos que hacer en vez de pedirle el don del discernimiento. Y así, como no hemos ahondado lo suficiente en nuestro caos, no sabemos juzgar la vida ni a los demás, y nos dedicamos a criticarla y condenarla desde las normas que nos hemos dado a nosotros mismos para estar a bien con Dios, al menos aparentemente.

Pero Dios le dice a Salomón, y nos dice a nosotros: *Has perdido bien*. Y al hacerlo nos recuerda, cuando lo queremos dejar como si fuera un callejón sin salida, que ese es el camino, y que todo sirve para el bien, también el paso por este infierno de nuestro barro dolorido, torpe, miserable..., si le amamos, si buscamos su amor.

Si nos acercamos a la parábola del tesoro oculto del evangelio, allí podemos descubrir la buena noticia. Esta parábola se nos anuncia que bajo esa tierra que se muestra dura, reseca, extraña incluso cuando es la nuestra, está un tesoro escondido. Que allí mismo en ese desierto de soledades y aullidos, está con nosotros el que nos ama. Que allí ha estado siempre, incluso cuando nosotros le buscábamos solo desde nuestra parte presentable. Y allí mismo nos invita a mirarnos con sus ojos, a descubrir en ellos su esperanza en nuestras vidas, porque Él sabe que somos de barro, y Él puede modelarnos si nos entregamos confiadamente sin esconderle nada. Este es el tesoro escondido, que solo encuentran los que saben confiar o sin saber confiar se entregan a la confianza (“creo pero ayuda mi fe”), el tesoro que encuentran los que no desesperan de Dios en medio de sus lágrimas y su pecado.

San Pablo nos recuerda que *entonces* (en un entonces que es el futuro Dios siempre presente en nuestras vidas) *conoceremos como somos conocidos*. Es decir, en ese momento alcanzaremos el don de la sabiduría, el don del discernimiento, porque podremos ver todo con amor, como somos vistos nosotros mismos desde siempre por Dios. Entonces comprenderemos lo que somos (hijos amados en el Hijo que se hizo barro por nosotros) más allá de cómo somos. Comprenderemos con alegría que todo sucede en su amor, que estamos tatuados eternamente en su misma piel, aunque a veces parezcamos una alergia en su misma vida. Y aprenderemos igualmente a mirarnos desde lo que somos, hermanos, y no solo desde lo que hacemos o nos hacemos.

Pero, no nos engañemos, el camino es difícil, y de continuo buscamos atajos. Nos hacemos trampas a nosotros mismos viniendo continuamente a la superficie del barro y enfangándonos de nuevo en la vorágine del mundo. Por eso es tan importante pedir este don al Señor, como hace Salomón. Solo Él puede darnos el ánimo y la fortaleza necesaria para resistir en el camino. Solo Él que con su discreción misericordiosa hace que su santidad no nos queme hasta que no lo haga del todo y sólo en el amor.